

Maldita casa. Casa encantada. Encantada de estar maldita

Seudónimo: El Profesor

Tiemblo al sentir el huracán soplo de frío que me saluda tras abrir la puerta. Puerta que se cierra con un golpe seco a mi espalda. Espalda por la que se desliza una gélida gota de sudor. Sudor, tal vez, humedad y otras cosas aún peores conforman el hedor que lo inunda todo. Todo a mi alrededor es oscuro y tupido cual mortaja. Mortaja, lápida, nicho y cruz de piedra como elementos decorativos del hall de entrada. Entrada a una noche cuajada de pesadillas. Pesadillas que me recuerdan a aquellas que tuve de pequeño en las que algo vivo se atoraba en mi garganta y me impedía tragar. Tragar saliva cada tres o cuatro segundos construye una especie de rutina en la que comencé a confiar para no perder ese fino hilo de cordura al que me aferro con dedos de cadáver. Cadáver, no, no quiero convertirme en uno de ellos. Ellos, tercera persona del plural, repartidos por toda la maldita casa. Casa encantada. Encantada de recibir a un incauto como yo que desea sobrevivir a esta peligrosa madrugada. Madrugada insana y caduca y podrida. Podrida entre crujidos. Crujidos como los que suenan sobre mi cabeza, procedentes del piso de arriba. Arriba alguien arrastra sus pies pesados como si se encontrara al límite de sus fuerzas. Fuerzas de la oscuridad arremolinándose en cada rincón. Rincón vacío, aparentemente vacío, del que procede el rastro del eco de la risa de un niño. Niño, no te rías de mí, no, joder, no lo hagas. Hagas lo que hagas vas a morir, eso me dijeron antes de entrar. Entrar fue un error. Error tras error podría ser la frase que definiera el devenir de mi vida. Vida que, reconozcámoslo, cuánto vale ya a estas alturas. Alturas, el techo, el puto techo calado de telarañas. Telarañas plagadas de víctimas que se quedaron atrapadas para siempre. Siempre quise entrar en una casa como esta. Esta no va a ser la última ocasión en que suceda. Suceda lo que suceda con el cuerpo del niño medio muerto y medio vivo que se aproxima hacia mí, paso tras paso. Paso, es una trampa, no voy a caer. Caer. Caer. Caer. Caer en un abismo que no estaba ahí antes. Antes de que la huesuda mano roce mis dedos, retrocedo. Retrocedo en múltiples dimensiones al mismo tiempo. Tiempo que transcurre. Transcurre el tiempo. Tiempo que transcurre. Transcurre el tiempo. Tiempo es lo único que poseo en este inmundatorio erial de tiniebla en el que yazco. Yazco. Yazco es una absurda palabra que ni siquiera sé si existe. Existe. Existe el miedo físico, corpóreo, palpitante, real. Real como el dolor que me

impide alzarme. Alzarme sobre todas las cosas que me han perseguido durante los últimos años. Años de profunda depresión. Depresión plagada de brillos afilados. Afilados como las agujas que fueron mi única compañía a cada hora de lamento desesperado. Desesperado porque algo cambie a mi alrededor. Alrededor no hay nada ni nadie. Nadie va a venir a salvarme. Salvarme de haber sido tan valiente y tan estúpido como para aceptar el ritual. Ritual más propio de un *creepypasta* que de costumbres ancestrales rescatadas del folklore más olvidado. Olvidado como yo. Yo. Yo sigo aquí. Aquí, en el voraz estómago de la casa. Casa ritual. Ritual de las palabras encadenadas. Encadenadas como mis frases. Frases que se van agotando a la par que las escasas gotas de resistencia que me quedan. Quedan, ojalá, pocas horas para que muera la noche. Noche cuajada de pesadillas. Pesadillas que me recuerdan a aquellas que tuve de pequeño. Pequeño ante la insondable complejidad del ritual. Ritual maldito ante el que tiemblo.